

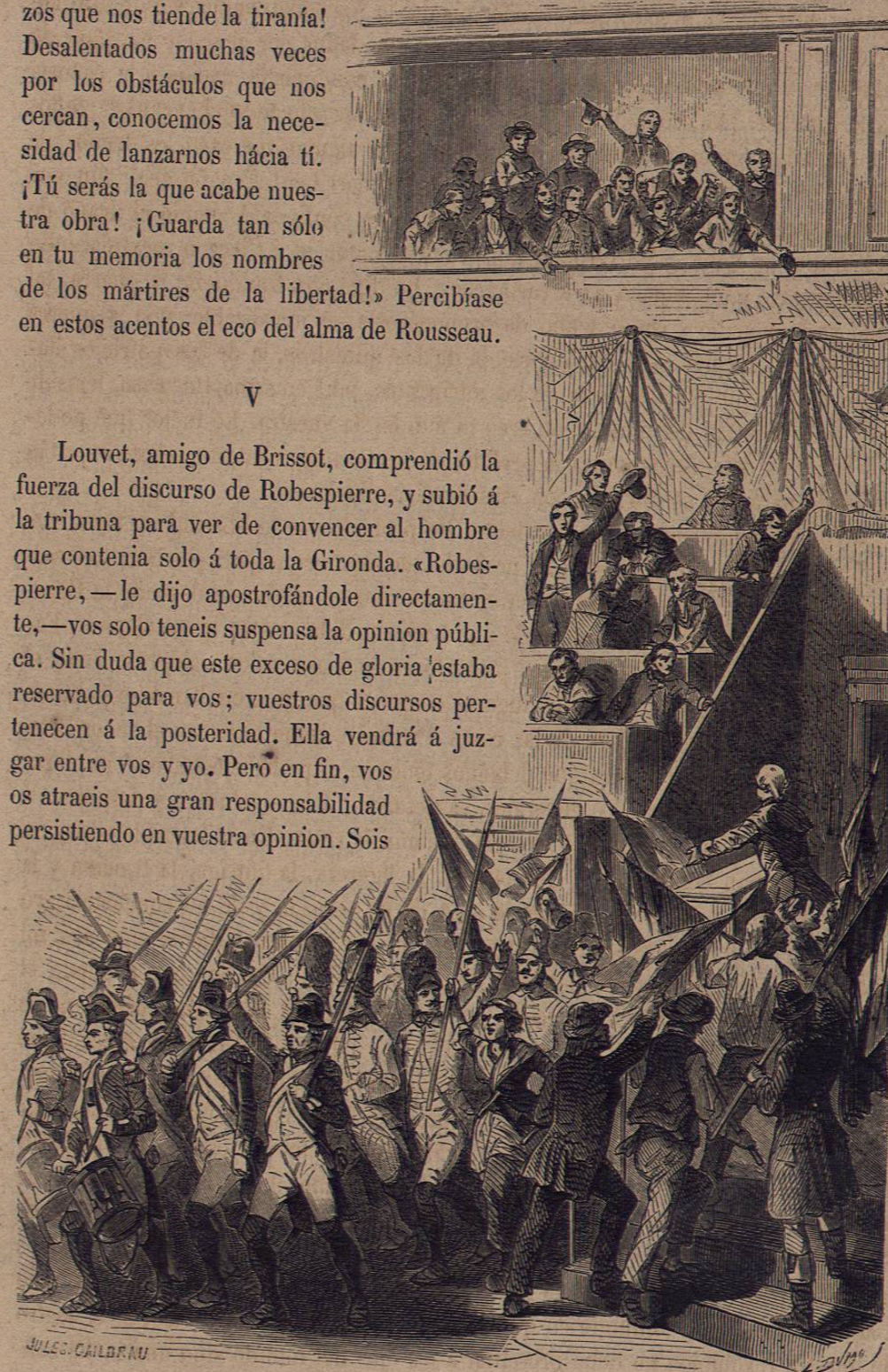
»Pero ¿aguardaremos para derribar los tronos á recibir las órdenes del ministerio de la Guerra? ¿Esperaremos para hacerlo la de la corte? ¿Nos mandarán esos mismos patricios, esos eternos favoritos del despotismo, en la guerra que vamos á emprender contra los aristócratas y los reyes? No. Marchemos solos. Pero ¿qué es esto! Los mismos defensores de la guerra me detienen; ved ahí al señor Brissot, que me dice que es preciso que el señor conde de Narbona conduzca todo este negocio, que es preciso también que marchemos mandados por el señor marqués de Lafayette, y que sólo al poder ejecutivo pertenece conducir la nación á la victoria y á la libertad. ¡Ah, ciudadanos! ¡Estas palabras han roto todo el encanto! ¡Adios victoria, adios independencia de los pueblos! ¡Si alguna vez caen los tronos de Europa, no serán semejantes manos las que los derriben! España será aún por algún tiempo lo que ha sido hasta el día. Leopoldo continuará siendo el tirano de Alemania y de Italia, y no veremos tan pronto á Catón ni á Cicerón reemplazando en el cónclave á los papas y á los cardenales. Lo digo con franqueza: la guerra, tal como yo la concibo y como acabo de proponérsela, es irrealizable; y si la guerra que debemos aceptar es la de la corte, la de los ministros, la de los patricios llamados malamente patriotas ó la de los intrigantes, ¡ah! en semejante caso, léjos de creer en la libertad del mundo, no creo ni aún en la vuestra. Lo mejor que podemos hacer es defenderla contra la perfidia de los enemigos interiores que os están meciendo para que os durmais con esas heroicas ilusiones.

»Voy á reasumirme triste y friamente. He probado que la libertad no tenía enemigo más temible que la guerra; he probado que ésta, aconsejada por hombres sospechosos, no era en manos del poder ejecutivo sino un medio de destruir la Constitución y de acelerar el desenlace de una trama urdida contra la revolución. Favorecer estos planes bajo cualquier pretexto es asociarse á los traidores. Todo el patriotismo del mundo, todos los lugares comunes que quieren llamarse políticos no cambian nada la naturaleza de las cosas. Predicar, como lo hacen el señor Brissot y sus amigos, la confianza que debemos tener en el poder ejecutivo, é implorar el favor del público hácia los generales, es desarmar á la revolución y desposeer á la nación de la poca vigilancia y energía que aún le resta. En la horrible situación adonde nos han conducido el despotismo, la ligereza, la intriga, la traición y la ceguedad general, yo no me aconsejo sino de mi corazón y de mi conciencia; yo no tengo consideraciones sino con la verdad, ni soy condescendiente sino con mi patria. Bien sé que algunos patriotas censuran la franqueza con que presento el cuadro aflictivo de nuestra situación, no desconozco esta falta. ¿La verdad no es bastante culpable sólo por ser verdad? ¡Ah! Con tal que el sueño sea dulce, ¿qué importa el despertarse al ruido de las cadenas de la patria y en medio de la calma de la esclavitud! No turbemos, pues, la quietud de esos dichosos patriotas, no; pero que sepan que sin vértigo y sin miedo podemos medir toda la profundidad del abismo en que nos hallamos metidos. Enarbolemos la divisa del palatino de Posnania: *Prefiero las borrascas de la libertad á la calma de la esclavitud*. Si el momento de la emancipación no hubiese llegado todavía, nosotros tendríamos paciencia para aguardarle. Si la generación presente no estuviese destinada sino á agitarse en el lodo inmundo en que la ha sumergido el despotismo, si el teatro de nuestra revolución no debe presentar á los ojos del mundo sino una lucha continuada entre la perfidia y la debilidad, entre el egoísmo y la ambición, la nueva

generación empezará á purificar esta tierra manchada con tantos vicios. Ella nos traerá, no la paz del despotismo, ni las estériles agitaciones de la intriga, sino el fuego y el acero para incendiar los tronos y para exterminar á los tiranos. ¡Posteridad más dichosa que nosotros, tú no nos eres desconocida! ¡Por tí desafiamos las borrascas y los lazos que nos tiende la tiranía! Desalentados muchas veces por los obstáculos que nos cercan, conocemos la necesidad de lanzarnos hácia tí. ¡Tú serás la que acabe nuestra obra! ¡Guarda tan sólo en tu memoria los nombres de los mártires de la libertad!» Percibiase en estos acentos el eco del alma de Rousseau.

V

Louvet, amigo de Brissot, comprendió la fuerza del discurso de Robespierre, y subió á la tribuna para ver de convencer al hombre que contenía solo á toda la Gironda. «Robespierre, — le dijo apostrofándole directamente, — vos solo teneis suspensa la opinion pública. Sin duda que este exceso de gloria estaba reservado para vos; vuestros discursos pertenecen á la posteridad. Ella vendrá á juzgar entre vos y yo. Pero en fin, vos os atraeis una gran responsabilidad persistiendo en vuestra opinion. Sois



Los soldados de Chateauvieux desfilan por la sala de la Asamblea nacional.—Pág. 279.
T. I.

responsable, no sólo ante nuestros contemporáneos, sino también ante las generaciones venideras. Sí, la posteridad vendrá á colocarse entre vos y yo, por más indigno que me considere por mi parte de ese honor. Ella dirá: En la Asamblea constituyente compareció un hombre inaccesible á todas las pasiones, uno de los defensores más grandes del pueblo. Era preciso estimar y amar en él sus virtudes; era también preciso admirar su valor; era adorado por el pueblo, á quien había servido constantemente, y lo que vale mucho más es que era digno de semejante adoración. Abrióse de repente un precipicio. Distruido aquel hombre por las muchas cosas á que tenía que atender, creyó ver el peligro en donde no le había, y no le vió en donde existía en realidad. Había allí otro hombre oscuro, pero cuya atención no estaba fija sino en el momento presente; ilustrado este hombre por otros ciudadanos, descubrió aquel peligro y no pudo decidirse á permanecer silencioso. Entonces se dirigió á Robespierre y quiso hacérselo tocar con el dedo. Robespierre volvió la cabeza á otro lado, y retiró su mano. El desconocido persistió y salvó el país...»

Sonrióse Robespierre con el desden de la incredulidad al oír estas palabras. Las súplicas de Louvet y los conjuros de las tribunas no le dejaron tomar la iniciativa en la sesión del día siguiente. Brissot volvió á entablar la cuestión de la guerra. «Suplico al señor Robespierre — dijo al concluir — que termine una lucha tan escandalosa y de la que nadie saca ventajas sino los enemigos del bien público.» «Grande ha sido mi sorpresa — exclamó Robespierre — al ver esta mañana en el periódico redactado por el señor Brissot un pomposo elogio del señor de Lafayette.» «Declaro solemnemente — contestó Brissot — que no tengo ningún conocimiento de la carta inserta en *El Patriota Frances.*» «Tanto mejor, — repuso Robespierre; — me encanta ver que el señor Brissot no es cómplice de semejantes apologías.» Las palabras se iban envenenando á medida que se envenenaban los corazones. El anciano Dusaulx medió en esta contienda, apelando á la concordia que debía reinar entre patriotas y conjurándoles á que se abrazasen. Así lo hicieron. «Acabo de cumplir un deber fraternal que ha satisfecho mi corazón, — exclamó entonces Robespierre. — Todavía me queda otra deuda más sagrada que satisfacer á la patria. Todo afecto personal debe ceder ante los intereses sagrados de la libertad y de la humanidad. Yo podré fácilmente conciliarlos aquí con las consideraciones que he prometido tener á todos los que los sirven. He abrazado al señor Brissot, pero persisto en combatirlo. ¡Que nuestra paz no repose sobre otra base que la del patriotismo y la virtud!» El aislamiento mismo de Robespierre probaba su fuerza é influía cada día más sobre los espíritus indecisos. Los periódicos empezaban ya á ablandarse en su favor. Marat atacaba á Brissot con sus invectivas. Camilo Desmoulins, en unos pasquines improvisados, descubrió la vergonzosa asociación de Brissot y Morande, el deshonorado libelista de Londres. El mismo Danton, adorador ciego de la fortuna, temiendo engañarse, estaba vacilante entre los girondinos y Robespierre. Estuvo callado mucho tiempo; al fin pronunció un discurso lleno de voces sonoras, pero en el cual se conocía bajo el énfasis de las palabras la vacilación de las convicciones y el embarazo en que se hallaba su espíritu.

LIBRO DIEZ.

La muerte de Leopoldo y la impaciencia de los girondinos precipitan la marcha de los sucesos.— Proyecto de mensaje presentado por Vergniaud.—El rey se niega á sancionar los decretos contra los sacerdotes y los emigrados.—La guerra civil se va preparando en la Vendée.—Rómese en el Mediodía.—Asesinato de Lescuyer en Aviñon.—Jourdan llega al condado.—Asesinatos de Aviñon.—La Asamblea decreta el castigo de los asesinos.—Los jacobinos hacen que sean amnistiados.—Santo Domingo.—Reacción de los negros contra los blancos.—Los mulatos hacen causa común con los negros.—Insurrección.—El mulato Ogé, jefe de la insurrección, es sentenciado á muerte y ejecutado.—Sublevación general.—Degüello de los blancos.—Aumentanse en Francia los desórdenes interiores.—Síntomas de una guerra religiosa.—Alborotos de Caen.—El abate Fauchet.—Su retrato.—Su vida.—Reacción realista en Mende.—Asesinato de Lajaille en Brest.—Desórdenes en las guarniciones.—Insubordinaciones militares impunes.—Los suizos de Chateauvieux.

I

En tanto que pasaban estas cosas en los Jacobinos, los periódicos, ecos permanentes de los clubs, sembraban por todas partes en el pueblo las mismas ansiedades y la misma indecisión. La diplomacia sorda del gabinete de las Tullerías y la del emperador Leopoldo trataban en vano de dilatar el desenlace de esta crisis, é iban á quedar burladas por la impaciencia de los girondinos y por la muerte del emperador. Este príncipe filósofo iba á descender al sepulcro, llevándose consigo todos los deseos de conciliación y todas las esperanzas de paz. El solo contenía á toda, Alemania. Mr. de Narbona burlaba con demostraciones públicas las negociaciones secretas de su colega Mr. de Lessart, para contemporizar y para hacer que todas las disensiones entre Francia y el resto de Europa se terminasen en un congreso.

El comité diplomático de la Asamblea, impulsado por Narbona y lleno de girondinos, proponía ya resoluciones decisivas. Este comité, establecido por la Asamblea constituyente y dominado por el elevado pensamiento de Mirabeau, interpe-laba á los ministros sobre todas las relaciones exteriores. Corrido así el velo de la diplomacia, rotas las negociaciones y siendo imposibles las transacciones y las combinaciones, los gabinetes europeos eran citados continuamente en la tribuna francesa. Los girondinos, principales agitadores de aquel comité en la época de que tratamos, no tenían ni las luces ni la reserva necesarias para manejar sin romperlos los hilos de una diplomacia complicada. Un discurso era para ellos de más estima que una negociación. Poco les importaba el ruido que podía hacer su palabra en los gabinetes extranjeros, con tal que sonase bien en el salón de sesiones y en las tribunas. Por otra parte, querían la guerra, y se hallaban hombres de Estado con sólo romper de un golpe la paz de Europa. Extraños á la política, se reputaban hábiles porque no tenían escrúpulos. Afectando la indiferencia de Maquiavelo, ellos se figuraban tener ya su profundidad.